

deliberadamente, para llevarle al suicidio quizá; debía tener, tenía seguramente, un amante, y de deducción en deducción, el clarísimo talento, la robusta razón de Tomás Barrientos llegó á percibir la fúnebre luz de la siniestra verdad.

IV

Cuando Barrientos salió de la alcoba de su mujer, ésta se estiró con voluptuosa pereza en su lecho, se incorporó, y llamando á la doncella que esperaba en la antecámara, la ordenó que la vistiera en seguida.

—Cuando vaya á salir del baño—le dijo,—que me traigan aquí una taza de café con leche; en seguida me vestiré y saldré.

—¿No va la señora al comedor?—preguntó la camarera.

—No; tengo que salir pronto.

—El niño está malo, según he oído.

—No será nada: Gonzalo es endeble, y quizá habrá comido á deshora...; un poco de indigestión: ya pasará...

Entró en el cuarto del baño y se metió en él, arrojando en el respaldo de una silla su bata de franela blanca. El baño estaba delicioso, templado y perfumado con agua de reseda y de verbena. Media hora permaneció en él; sentóse después en una silla baja ante su elegante tocador, y la doncella desató su espléndida cabellera rubia, que la envolvió como un manto de dorada seda. Parecía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

A. No. 1625 MONTERREY, MEXICO

imposible que en aquella cabeza pequeña y fina pudiera colocarse una cantidad tan prodigiosa de cabellos: así había visto ella á su madre algunos años antes, en todo el esplendor de su peregrina belleza, de la cual era la suya copia fiel.

Muy sencillo era el peinado de Alicia, y muy hábil la doncella: tomó en la mano izquierda la masa dorada de los cabellos; pasó en ella dos ó tres veces el batidor de marfil, y dando una vuelta los retorció en la parte superior de la cabeza, formando un elegante lazo; el espeso flequillo en sortijado le dió poco que hacer, y muy pronto estuvo arreglada la peregrina cabeza, cuya seráfica expresión era incomparablemente bella, poética é inteligente.

Alicia se puso un vestido elegantísimo, verde obscuro combinado con lana y seda, y un sombrero redondo de fieltro del color del vestido, guarnecido de plumas verde claro; cubrió su lindo rostro, sin ocultarle, un velo de tul céfiro blanco sembrado de menudos lunares negros: este atavío no era llamativo por sus colores, pero era excesivamente joven por su forma; sobre él se puso un largo abrigo forrado de pieles, cuya parte exterior era de rica faya negra; metió sus manos, enguantadas de piel gris obscuro, en un manguito de marta cibelina, y se lanzó á la calle sin ver á sus hijos, sin preguntar por su marido, sin enterarse de ningún detalle concerniente al orden doméstico.

Alicia aparentaba dos ó tres años menos que

los veinticinco que tenía; muchos transeuntes se detenían al verla pasar y la miraban ávidamente; pero á pesar de la expresión perturbadora de sus ojos, había en su porte una elegancia exquisita y una distinción tal, que se conocía desde luego ser muy difícil ó casi imposible la conquista de una mujer que tales encantos atesoraba.

Alicia llegó con su paso ligero y ondulado á casa de su amiga y ex-dama de compañía, y el criado que abrió la puerta la llevó seguidamente al comedor, donde el ilustre Barón de Lartiga y su esposa terminaban un suculento almuerzo.

La Baronesa se levantó presurosa para abrazar á su amiga; el Barón, con la servilleta prendida á un ojal de la levita, se levantó asimismo, y el Duque de Medellín, que almorzaba también sentado frente á los dos cónyuges, se incorporó á medias en su silla, saludando á la recién llegada.

La Baronesa, á pesar de sus cuarenta años bien cumplidos, era una hermosa y arrogante mujer, cuyos cabellos rubios, tirando un poco á rojos, y tez blanca y sonrosada, le daban las apariencias de una salud robusta y floreciente; llevaba un *deshabillé* elegantísimo de cachemir blanco adornado con bordados en seda y oro; constaba de falda con larga cola y de un *matinée* encantador, que además del adorno de los bordados tenía una nube de encajes en el cuello, mangas y pecho, encajes cuyo color moreno atestiguaba lo remoto de su origen y subido precio; algunos lazos de cinta

crema, sabiamente distribuídos, daban á tan elegante atavío de interior un sello de originalidad exquisita y encantadora.

Clarisa era alta y de formas esculturales, más bien robustas que finas ó delicadas; su ruda y espesa cabellera, trenzada porque su gran abundancia impedía torcerla, se doblaba en su mitad, sujeta por una cinta crema como las del *matinée*, que formaba un largo lazo; el pelo de la frente y sienes caía en mechones desiguales con una negligencia graciosa y estudiada.

El Barón almorzaba, correctamente vestido de mañana, con levita negra, pantalón de medio color, chaleco negro semicerrado y camisa de azulada blancura. El Duque llevaba un traje oscuro de *negligé*, ancho y cómodo, pero que no ocultaba las bellas proporciones de su talle, haciendo antes bien resaltar su natural elegancia.

—Siéntate á almorzar—dijo la Baronesa á su amiga;—hemos empezado creyendo que ya no venías;—y volviéndose al criado que servía, añadió:

—Otro cubierto, y vuelva usted para servir á la señora: nosotros esperaremos á que nos alcance, y continuaremos á un tiempo.

—Sí, almorzaré—repuso Alicia con su dulce voz melodiosa;—no hice más que beber un poco de café, y tengo apetito.

Y dejando en manos de la doncella que se presentó, su sombrero y abrigo, se sentó gentilmente á la mesa, quitándose los guantes.

El Duque seguía con los ojos todos los movimientos de Alicia: no cabía duda, al ver aquella mirada, de que sentía amor para aquella bella y seductora criatura; pero no el amor del alma, no esa ternura solícita y llena de admiración, no ese afecto que se halla cimentado en la estimación de las nobles cualidades de la persona; era una pasión toda de los sentidos, una pasión violenta que á días tenía sus ratos de desencanto y de fatiga moral, pero que renacía más fuerte que antes y que se hallaba sostenida por la astucia y los peligrosos encantos, por la rica y varia imaginación de la sirena que le tenía alucinado.

El carácter fuerte y dominante del Duque estaba subyugado por la angélica é irresistible dulzura del de Alicia, que se deslizaba como la serpiente, pero que jamás le contrariaba en nada: no había con ella modo de enfadarse, pues se doblegaba con la mayor docilidad; pero no había tampoco medio de obligarla á ninguna acción buena, noble, honrada siquiera. Clarisa misma estaba aterrada al ver aquella fuerza de voluntad para lo malo, aquel indomable orgullo para seguir el camino que se trazaba, aquella dureza de corazón que le hacía consumir la ruina de su casa, que le hacía ver el martirio de sus hijos, casi desnudos, hambrientos, desamparados de todo afecto en la tierra, porque su padre nada podía por ellos, en la inerte vida moral en que con una infernal astucia le había encerrado su mujer.

Alicia comió rápidamente de los tres succulentos platos que ya habían servido á los demás, y al siguiente el almuerzo siguió para todos; servidos los postres, Clarisa mandó retirar á los criados, y dijo con voz melosa á su marido:

—Querido mío, perdona si te ruego que te apresures: ¿no te acuerdas que de doce á una tienes que ir á ver la nueva carretela que ha llegado ayer de París? ¡Tienes tan mala memoria! ¿Verdad que sí?

—La tengo siempre que no se trata de ti—contestó el Barón, enseñando sus dientes largos y amarillos;—cuando las cosas que me encargas te interesan...

—Dé modo que ahora mismo vas al saloncito rosa, te sirves á ti propio una tacita de café y vas á ver la carretela—dijo Clarisa interrumpiendo á su esposo con la mayor monada.—Ordena que traigan la carretela enganchada esta noche á la hora del teatro: queremos estrenarla Alicia y yo...

—Pero...

—¿Qué? ¿Por qué vacilas? ¡Habla, querido...!

—La carretela no está pagada todavía...

—Se pagará en probándola... mañana, cualquier día de esta semana. ¿No tienes el dinero?

El Barón se puso sumamente colorado; bajó los ojos, y con una contracción en su flaco semblante de Don Quijote, dijo á media voz:

—Amiga mía, parte de él lo envié á las niñas...; me decían que estaban muy apuradas, y...

—¡Y has hecho muy bien! —interrumpió Clarisa con voz que trató de hacer suave, pero que temblaba de ira;—¡has hecho bien! Son tus hijas, y es justo que de nada carezcan. Mañana estará completo el dinero para la carretela; no te apures, y sal para encargarse que esté aquí esta noche á las nueve.

El Barón de Lartiga miró á su esposa con alegre sorpresa: una sonrisa estúpida volvió á enseñar sus largos dientes, y saludando con su galantería anticuada, salió del comedor.

—¿Qué sucede en tu casa?—preguntó Clarisa, no bien su marido hubo desaparecido tras la pesada *portier*.—Tu doncella vino ayer toda alarmada; parece que tu marido ha cambiado su placidez acostumbrada por un humor sombrío y casi feroz.

—Así es, en efecto—repuso Alicia;—de tal manera le veo cambiado, que tengo miedo, y comprendo que debo tomar alguna determinación; lo repito, tengo miedo.

En los ojos de Alicia brilló una luz fúnebre, mitad provocada por una sensación de terror, mitad por otra de cólera; durante algunos momentos reinó el silencio.

—Vamos, ¿qué es lo que dices tú?—exclamó dirigiéndose al Duque;—¿no te parece que á lo menos debes darme un consejo?

—Sí; y la solución que más te convenga es la que ya hace tiempo estoy buscando con empeño; tu marido va á dejar el destino y á marchar de

nuevo al pueblo: allí volverás á la vida obscura y aburrida de los primeros meses de tu casamiento; pero yo creo que por ahora no tienes más remedio que resignarte á ella.

—¡Por ahoral ¡Y así lo dices! ¡Con esa indiferencia ves el que me aleje de Madrid!—exclamó Alicia, cuyas mejillas se encendieron con un carmín arrebatado.

—Por ahora, te repito que no hay más remedio que ceder: un marido tiene derechos sagrados; y después están entre los dos tus hijos, á los que es preciso cuidar y proteger...

—¿Ahora te ha entrado interés por mis hijos?—exclamó Alicia con una risa malvada.—Ya es algo tarde; pero no se me oculta que lo que te hace tan compasivo para ellos es tu indiferencia para mí...

—No, Alicia, no—repuso el Duque;—en el alma del hombre más ateo, más depravado, hay siempre un poco de piedad para los seres desvalidos, para los débiles, para los niños. Tú sabes que no soy un libertino sin corazón, que no llevo el egoísmo de que tantas veces me acusas, hasta la crueldad. Odiaba á tu marido porque me hizo mucho mal; te deseé, te perseguí, conseguí tu cariño para vengarme de él. Ya sabes la triste historia de mi juventud; pero la fidelidad de mi recuerdo á la memoria de Amparo debe probarte que no soy un hombre sin corazón y sin honor...

—Lo que me prueba y me ha probado siem-

pre—dijo Alicia con voz sorda,—es que esa Amparo es la única mujer que has querido; que yo no he sido para ti más que la mujer hallada al paso y conquistada por mera diversión como tantas otras; yo me he perdido por ti, y ahora me abandonas al odio y á los celos de mi marido.

—¡Pluguiese al cielo que cuanto dices fuera verdad!—dijo el Duque con tristeza.—Te amé por tu belleza peregrina; ansié tu amor para torturar el corazón de tu marido, que me había robado mi dicha y fundaba en ti toda la suya; conseguí tu amor, y no por eso se apagó el mío. Ya lo sabes, Alicia: hay en ti no sé qué terrible fascinación que me domina, que me atrae como el abismo; es sin duda el encanto misterioso que dicen residía en tu madre; pero á la vez que no puedo defenderme de quererte, la dureza de tu corazón me asusta: la honradez, la nobleza, las altas prendas de tu marido han apagado el fuego devorador de mi odio, y la desdicha, el abandono de tus hijos me compadecen profundamente; tu marido adoptó, abrigó en su seno, adoró á mi hija, y eso no lo puedo olvidar.

—¡Guardó á tu hija para hacerte sufrir!—exclamó Alicia con una explosión de cólera;—para vengarse de que habías deshonrado á la que luego fué su mujer... ¡Oh!; esa mujer... ¿qué tenía para que la amaseis tanto los dos? Lo mismo tú, hombre lleno de pasiones inútiles, que mi marido, modelo, según dices, de todas las virtudes; lo mis-

mo el uno que el otro la habéis adorado y adoráis aún su memoria... ¿Qué encantos tenía esa feliz criatura?

—El encanto de la bondad, de la ternura, de la modestia...; el encanto de la virtud, que una vez conocido, no se olvida jamás. Amparo era de esos seres amantes é inocentes que se apoderan para siempre del alma de quien los conoce... Tu marido la ha querido, si no más, mejor que yo, porque era más digno de identificarse con ella: si no te hubiera hallado á ti como una seducción viva en el camino de su vida, Barrientos no se hubiera consolado nunca de la pérdida de Amparo...

—¿Y se ha consolado, por ventura?—exclamó imprudentemente la Baronesa, que hasta allí había guardado silencio.—Cuando yo voy á ver á Alicia, Barrientos, que jamás pone los pies en esta casa, me habla, yo creo que sin quererlo ni saberlo, de su primera mujer; doliéndose del abandono en que están sus hijos, se acuerda de lo que Amparo los hubiera cuidado si hubiera sido su madre; quejándose del desorden de su casa, y rogándome amoneste á Alicia para que se ocupe un poco siquiera de sus deberes domésticos, nombra á su Amparo, explicándome el contraste que forma su mujer con aquella memoria adorada. Y ahora es la ocasión de advertirte, amiga mía, que la pasión de tu marido está próxima á extinguirse, si tú no procuras reanimarla...

—¡Calla, calla!—exclamó Alicia.—Le odio, le

detesto; me casé con él porque mi padre me cerró las puertas de su casa. No puedo dominar la violenta antipatía que me inspira: es tosco, es vulgar, es un censor implacable con su silencio de mártir ignorado. ¡Todo choca en nosotros; todo cuanto á él le agrada lo detesto yo! Sin embargo, si es preciso que le siga á su lugarón, estoy dispuesta, porque así lograré dos cosas: acercarme á mi padre, quiera él ó no, ya que se ha humanizado hasta venir á ver aquí á sus nietos, y estar más libre para ver á Fabián cuando con el pretexto de la caza vaya allí por algunas semanas.

—¡Ten cuidado!—dijo Clarisa:—el amor de tu marido, que se acaba, puede dejar paso á ideas de odio y de venganza.

—No lo temas—repuso Alicia con una sonrisa desdeñosa;—lo que es posible es que se mate él ó que se vaya... Yo te respondo de que esta situación no dura un mes... ni es posible que dure...; mi paciencia está del todo agotada...

—Puede terminar trágicamente para ti...

—¿Te has convertido ahora en pájaro de mal agüero? Ya sabes que Fabián me ha ofrecido en último caso, que me llevará á Italia, donde viviremos un año deliciosamente... Es el país del amor libre...

El Duque guardó silencio y se levantó: experimentaba un malestar visible; la contracción de sus facciones decía que lo que acababa de oír, lejos de halagarle, le contrariaba profundamente;

iba á responder á Alicia, iba á insistir, cuando una camarera abrió la puerta discretamente y dijo á Clarisa:

—Ahí está la persona que espera la señora Baronesa.

—¿La dama de compañía?

—Sí, señora.

—Que pase aquí.

V

La persona que apareció en el marco de la puerta como una dulce evocación en medio de aquellos personajes dominados por las pasiones más bajas y á la vez más terribles, pertenecía, á no dudar, á esa tribu de mujeres divinas, en cuya existencia creen pocos, pero que existe felizmente, y que se irá aumentando cada día, cuando la mujer se vaya persuadiendo de que la virtud, la resignación y la modestia son á la vez sus mayores encantos y sus armas más poderosas.

Podía contar aquella mujer tres ó cuatro años más que Alicia, es decir, de veintiocho á treinta; pero ¡qué diferencia entre la expresión de los dos semblantes y en el género de su belleza! Porque la recién llegada era bella con esa hermosura grave, serena y dulce, reflejo de un alma pura, de un espíritu tranquilo y fuerte y de una gran resignación cristiana profundamente sentida.

Llevaba un vestido de seda negra á medio uso, y una capota de encaje, negra también, adornada con una rama de rosas; una cadena corta y muy sencilla sostenía el reloj oculto en el corpiño, y el

cuello alto del mismo se cerraba con un imperdible de oro, de un gusto irreprochable.

Cubrían sus manos unos guantes de piel de Suecia oscura, cuyo elegante corte las encerraba como en un estuche, y en la mano llevaba una sombrilla de un azul muy oscuro, cuya guía de ébano adornaba un elegante lazo del mismo color.

La belleza de la recién llegada no era deslumbradora; á primera vista no llamaba la atención de nadie; pero la persona que se fijase en ella, sentía al instante una dulce simpatía por aquella mujer encantadora, de la que no era posible defenderse, ni se trataba de hacerlo, porque el espíritu experimentaba mirándola un indecible placer.

Era su tez trigueña y pura como un camafeo de marfil, y alumbraban su cara dos grandes ojos de un color gris azul, que se abrían entre dos filas de pestañas negras y rizadas; ojos luminosos, rasgados, de esos que rara vez hallamos en la vida, y cuya dulce y melancólica expresión no olvidamos nunca cuando hemos llegado á verlos una sola vez. Sus cejas, finas y dulcemente arqueadas, eran oscuras también, y como contraste encantador tenía los cabellos de un castaño dorado y armonioso, que hacía parecer mucho más bellos sus ojos claros y rasgados, orlados de seda negra.

Su estatura, mediana y esbelta, tenía proporciones delicadas, y sus cabellos, ondulados naturalmente, caían sobre su ebúrnea frente con una gracia infinita.

Clarisa y Alicia la miraron un instante con atención, y la segunda sintió como un doloroso presentimiento que la mordía el corazón; en cuanto á la Baronesa, cuya percepción no era tan exquisita, vió una mujer joven, elegante y que no era mal parecida, pero que no llamaba la atención por bella.

—¿Es usted la señora que me recomienda mi amigo don Lorenzo Valenzuela?—preguntó la Baronesa dirigiéndose á la recién llegada.

—La misma, señora—contestó con voz dulce y melodiosa.

—¿Doña Cecilia Bustamante?

—Sí, señora.

—Pase usted, y hágame el favor de tomar asiento.

Mientras la camarera acercaba una silla, Clarisa se volvió á la señora de Barrientos y le dijo á media voz:

—Tu padre me recomienda á esta señora en carta que recibí ayer; aún no había podido enseñártela; es un favor que le agradezco mucho.

—¿Es usted viuda, señora?—prosiguió la Baronesa, dirigiéndose á Cecilia.—Mi amigo don Lorenzo nada me dice.

—Soy soltera, señora.

—¿Sin familia?

—Tengo madre y una hermana casada, con la que vive.

—¿Fuera de Madrid?

—En Madrid mismo; toda mi familia, y yo también, somos de aquí: mi anciana madre y mi hermana viven en la calle de Cervantes, número 22. Puede usted tomar cuantos informes tenga por conveniente.

—El esposo de su hermana, ¿está en Madrid?

—Algunas veces: largas temporadas reside en el extranjero, porque es pintor, y los precios de sus cuadros son más subidos en París y en Viena que en España.

—¿Sabe usted cuál será su sitio en mi casa?

—Me han dicho que el de dama de compañía para usted.

—No sólo se ha de ocupar en acompañarme: las horas que tenga libres, que serán muchas, cuidará de la casa y de los criados; se ocupará de algún bordado durante algún tiempo cada día, y sobre todo, al acostarme me leerá mis autores favoritos en voz alta; también escribirá mis cartas. ¿Está usted conforme con todo esto? Dígalo sin reparo.

—Perfectamente conforme, señora Baronesa.

—¿Entiende usted algo del gobierno de una casa?

—He dirigido una, hasta hace un año, de alguna importancia: estuve doce años en casa de la Marquesa de S..., en Barcelona. Esta señora era de bastante edad, y tenía á su cuidado cuatro nietos, tres niñas y un varón. Durante doce años he tenido á mi cargo, no sólo la dirección de la casa,

donde hay veinte criados, sino también la educación de los niños; el certificado de la señora Marquesa está á la disposición de usted.

Y Cecilia, sacando del bolsillo de su traje una primorosa cartera de piel de Rusia, delicada y femenina, la abrió, tomó un papel doblado y lo presentó á Clarisa. En tanto que ésta leía, Alicia, que miraba á la dama de compañía con sostenida atención, dijo:

—Entonces, no estaba usted allí de dama de compañía, querida señora, sino de institutriz: habiendo niños...

—Desempeñaba los dos cargos—repuso dulcemente Cecilia,—y todo me era grato, porque quería mucho á toda la familia...

—¿Y por qué la ha dejado?

—Se casaron las niñas, señora, y poco después su venerable abuela murió...

—¿Y el nieto?

—Vive en París, y me ofrece allí una brillante colocación; pero me es muy doloroso separarme de mi familia; teniendo mi ocupación en Madrid, puedo verla por lo menos una vez á la semana: mi madre es ya muy anciana y está muy achacosa.

—Este papel—dijo la Baronesa devolviéndolo á Cecilia—es una brillantísima certificación de que reune usted á la vez las más altas y las más encantadoras condiciones de talento, de virtud y de educación; nada hay que decir después de leer

eso... ¿Ganaba usted muy crecido sueldo en casa de la Marquesa, señorita?

—Veinticinco duros mensuales.

—Yo le daré á usted treinta.

—Y yo, señora, le estaré con toda el alma agradecida, no por mí misma, sino por mi buena madre, á la que podré dar algunas comodidades: ese es todo mi anhelo. ¿Cuándo desea que venga la señora Baronesa?

—Esta misma noche, desde las nueve, á la hora que usted quiera: yo no estaré en casa; pero tendrá usted su habitación dispuesta y me esperará en ella.

Cecilia se levantó; inclinóse con modestia y dignidad ante las dos damas, y se dirigió á la puerta, que abrió un criado. Una camarera salió á la antesala y echó á Cecilia sobre los hombros un abrigo de lana, muy sencillo, pero muy elegante, del que se había despojado al entrar.

Una impresión extraña pesaba sobre aquellas dos mujeres, cuya vida era un tejido de faltas y de crímenes morales. Clarisa, que al entrar de dama de compañía y de profesora de piano de la joven señora de Barrientos había tenido una vida miserablemente accidentada, que después, á la sombra de su matrimonio con el Barón, la llevaba mucho peor, sentía un malestar indecible y un arrepentimiento súbito por haber accedido á recibir en su casa á Cecilia; y Alicia, que experimentaba también una sensación indefinible de des-

pecho, guardó silencio durante algún tiempo.

—¡Encantadora mujer!—dijo el Duque, cuya voz no se había oído mientras Cecilia había hecho su corta aparición.

—Parece que no todos le han encontrado un mérito extraordinario—repuso Alicia con desdén; —y la prueba es que no se ha casado.

—Seguramente porque ella no habrá querido: debe ser muy difícil en la elección.

—Ahora es posible que se decida—dijo Alicia con una risita acerba.

—¿Por qué?

—¡Porque te conocerá á ti!

El Duque se encogió de hombros con desdén: toda vulgaridad hería su exquisita naturaleza de hombre elegante, y Alicia con los años dejaba ver un fondo de materialismo grosero que reemplazaba á las gracias que le eran naturales y á las no pocas aprendidas en su adolescencia.

—Yo no sé lo que tiene esa mujer—observó la Baronesa;—me es á la vez simpática de una manera irresistible, y muy antipática: quiere pasar por una virtud perfecta, y eso es bastante fastidioso.

—¿De qué la conocerá mi padre?—dijo Alicia pensativa y como hablando consigo misma.

—El motivo debe ser bien inocente: ya sabes la virtud catoniana de tu padre y su humor intratable.

—Yo le domesticaré ahora—dijo Alicia con su

risita mala, que helaba el corazón como si fuera el filo de un puñal;—yo le domesticaré y sabré lo que hay en este asunto; en cuanto á ti, si esa bella señora te es desagradable, la pones en la calle.

—Eso haré... ¿Estás decidida á marcharte?

—Según he visto hoy á mi marido, no tendré otro remedio; quiero además alejarme de Madrid, porque yo no he nacido para sufrir tantas privaciones. Fabián hace lo que debe; pero, excepto el dinero que gasto en mi persona, lo demás tengo que depositarlo en tu poder...; de nada me sirve, porque si el salvaje de Barrientos supiera que lo tengo... nos mataría á los dos...

—¿Por qué no gastas algo en tus pobres hijos?
—dijo el Duque, cuya fisonomía altanera y algo dura se suavizó al hacer esta pregunta, como por encanto.

—Que se cuide de ellos su padre.

—¿Los aborreces acaso?

—Casi estoy por decir que sí..., como á su padre... Yo no quería hijos; siempre me han sido antipáticos los niños; me molestan, me aturden; y por otra parte, ellos tampoco me quieren á mí... La mirada de Gonzalo es severa como la de un juez, y si yo deseara que me diera un beso, creo que me lo rehusaría; en cuanto á Eva, se pone triste cuando está delante de mí. Yo quisiera amar á mis hijos como mi madre me amaba; pero no puedo, y es lógico: yo soy quizá la hija del amor,

y mis hijos lo son de un matrimonio odioso, de un hombre al que acepté por no caer en la miseria, pero al que profeso una violenta antipatía: yo no tengo vocación de madre; ¿qué queréis? ¡Se nace para eso, como para todo!

El encantador semblante de Alicia había tomado, al hablar así, una expresión muy dura; se leía en él una rebelión abierta contra su destino, un impío cinismo, algo de terrible y de infernal, que aterró á la misma Baronesa á pesar de su temple de alma.

—Querida mía—dijo el Duque levantándose y tomando el sombrero,—un poco de despreocupación es agradable cuando una mujer honra á un hombre con su amor: la conciencia en la mujer estorba bastante cuando es estrecha; pero la ausencia de toda conciencia religiosa y moral es repulsiva en tu sexo. Alicia, de ligera y coqueta te vas convirtiendo en mala...; ten cuidado: tras de tan largas relaciones, no he de abandonarte, porque debo á mi propia dignidad el mirar por ti siempre; pero dejaré de amarte, y más si se cumplen mis tristes previsiones: creo que la deuda terrible que existe entre tu marido y yo se ahogará en la sangre de uno de los dos, y será por culpa tuya, porque no perdonas medio alguno para que así suceda.

El Duque, dicho esto, saludó gravemente y salió del espléndido comedor.

VI

Cuando la señora de Barrientos volvió á su casa poco después, en un estado de irritación difícil de explicar, todo se hallaba en movimiento: en medio del comedor había varios baúles abiertos, y en ellos iba poniendo Catalina, con el semblante muy gozoso, la ropa que Gonzalo y Eva le traían. Barrientos, sentado delante de la pobre mesa del comedor, escribía lentamente un oficio que evidentemente era un documento oficial. Alicia cayó en medio del comedor, triste y obscuro, pero donde se respiraba un ambiente de alegría, como una triste aparición: las últimas severas palabras de su amante la habían irritado como un latigazo en pleno rostro; despertábase algo en ella de la loba, que dominaba á la fingida dulzura que copiaba la dulzura atractiva y verdadera de su infeliz madre; y era que Sofía, antes de que la extraviase una pasión fatal, había sido buena, y después de perdida conservaba en el fondo de su alma aspiraciones al bien y horror al mal; pero Alicia, nacida ya de una falta, educada en el seno del lujo, sin ideas de religión ni de deber, había crecido como una flor encantadora, en cuyo cáliz dormía un ne-

gro y roedor gusano que iba despertando poco á poco y creciendo de una manera monstruosa.

—¿Qué es lo que haces?—preguntó á Catalina, que no habiéndola visto entrar, se estremeció al sonido de su voz, que tenía algo de seco y de estridente, á pesar de la melodía habitual de su acento.

—Pues... me ha mandado el señor arreglar los baúles—respondió la criada.

—Sigue, sigue—dijo Alicia; y acercándose á su marido, que no había levantado la cabeza de su escrito, le puso la mano en el hombro y acercó al rostro moreno de Barrientos el suyo blanco y satinado.

—¿Escribes?—le preguntó.

—Ya lo ves: es mi dimisión; ruega á tus amigos que la acepten lo antes posible, para marcharnos en seguida.

—¿Mis amigos?

—Sí; la Baronesa, el Duque: yo no los trato ni quiero; pero á ti, que los tratas íntimamente, te atenderán.

—¿Conque nos vamos?—dijo Alicia quitándose el sombrero.—¿Dejas el destino? ¿Lo has meditado bien?

—Mi resolución es irrevocable.

—Como quieras: ya sabes que mi fuerte no es la discusión y que no he de oponerme á tu deseo.

—Sería lo mismo que te opusieras.

—¡Qué! Si yo te suplicase que variases de propósito, ¿no variarías?

—No.

—Mi pobre Tomás, no te muestres malo y duro siendo generoso y bueno; ese alarde es inútil, porque yo no quiero contrariarte: allí podré ver alguna vez á mi padre, aunque él no quiera verme á mí...; en esto eres más feliz que yo...

—Tuya es la culpa. Si tu modo de ser fuese lo que yo esperaba; si hubieras tenido moderación en tus gastos y hubieras hecho la vida que conviene á una buena madre de familia, en vez de entregarte á todas las locuras del lujo; si hubieras sido modesta y prudente, en vez de tener tan estrecha amistad con la Baronesa, tu padre hubiera llegado á llamarte á su lado, porque en el fondo de su corazón te adora y adora á sus nietos; pero tu carácter fantástico, tu vida trivial y vacía le recuerdan cosas muy tristes.

—¿Cómo ha de culpar mi padre mi amistad con Clarisa, si él es amigo suyo también? Eso sería un contrasentido.

—Lo que culpa no es tu amistad con ella, sino tu culpable intimidad; porque vives más en su casa que en la tuya, y allí no va ninguna persona seria.

—¿Es poco serio su marido?—exclamó Alicia riéndose y descubriendo su talle de ninfa al despojarse del abrigo.

—¡Qué alegría! ¡Ir á vivir al lado de papá abue-

lo!—exclamó Eva dando palmadas.—Cuando viene á Madrid y nos llevan á su casa, ¡cuánto nos acaricia!

—Él y papá nos quieren—dijo gravemente Gonzalo;—pero lo que es mamá...

—Llévate eso en vez de hablar necedades—dijo Alicia, arrojando el abrigo á Gonzalo. El niño quedó cubierto con aquel ropón pesado y forrado de pieles; vaciló, y hubiera caído á no sostenerle la mano vigorosa de Catalina. Cuando ésta separó el abrigo, apareció la obscura cabellera de Gonzalo revuelta y cayéndole sobre los ojos; separó el niño sus espesos rizos, y fijando en su madre una mirada centelleante, dijo con acento duro:

—No; tú no nos quieres..., ni á papá tampoco..., ni á Catalina...

—Ni á nadie; ¿verdad, señor censor?—dijo Alicia con su mala risa.

—Ni á nadie de casa... Pero yo tampoco te quiero á ti.

—Yo sí te quiero, mamá—dijo Eva corriendo á su madre.

—Me harás la merced de poner cuanto antes á tu hijo en un colegio—dijo Alicia separando á la niña, que quería abrazarla;—sus insolencias me molestan demasiado.

Antes de que Barrientos contestase, se oyó la campanilla de la puerta de la escalera, y Catalina fué á abrir, volviendo con una tarjeta en la mano, que dió á su señora.

«Cecilia Bustamante», leyó Alicia, cuyas facciones retrataron el asombro.

—¿Qué desea esa señora?—preguntó con acento duro, pues recordaba su reciente discusión con el Duque.

—Desea ver á usted.

—Pues llévala á la sala.

Y volviéndose á su marido, que cerraba el oficio de dimisión, añadió:

—No sé para qué me querrá esta buena señora, á quien acabo de ver por la primera vez de mi vida en casa de Clarisa; es una *cursi*, una pretendiente á dama de compañía.

—¡Mal año para todas ellas!—exclamó Barrientos.—La tuya, que hoy es la intrigante Baronesa, me ha curado de todas esas damas, que sólo saben enseñar el mal y la ruina.

Alicia se encogió de hombros y fué á encontrar á la persona que solicitaba verla. Al abrir la puerta de la pobre y desaseada salita, que hacía algunas semanas no se había barrido, Cecilia, que permanecía en pie, se inclinó graciosamente.

—¿Es usted la señora doña Alicia Valenzuela de Barrientos?—preguntó con su dulce voz.

—La misma—contestó Alicia secamente.

—¿No he tenido el honor de ver á usted hace poco rato en casa de la señora Baronesa de Lartiga, á la que venía recomendada?

—Por mi padre... Sí, señora... Como no es costumbre presentar los amigos de la casa donde se

pretende servir, no pudo usted saber quién era yo.

Las graciosas facciones de Cecilia no perdieron nada de su dulce expresión ante el brutal insulto que se la infería; no lo rechazó, ni aun indirectamente, contentándose con responder con moderación:

—También para usted traigo un encargo de su señor padre, señora.

—¿Ha conocido usted á mi padre en Andalucía?—preguntó Alicia para esquivar una contestación.—¿Hace mucho que le conoce?

—Dos años. Le conocí en Italia, donde fui acompañando en su viaje de bodas á una nieta de la señora Marquesa; el señor don Lorenzo Valenzuela me distinguió con su aprecio, y me ha recomendado á la señora Baronesa de Lartiga.

—¡Pues no hay duda que lo acertó!—exclamó Alicia con una risa burlona.—Mi pobre papá siempre estuvo algo *toque!* Usted me parece muy tímida, muy modosita, una especie de monja exclaustrada, y en casa de la Baronesa verá usted buenas cosas... Mi padre ha visto á Clarisa por uera...; ¡si apenas la conoce! ¡Ya la verá usted por dentro...!

—Permítame usted, señora, que le explique el encargo que traigo de su señor padre de usted—dijo Cecilia, que deseaba marcharse;—está reducido á que usted me permita ver á sus hijos y á escribirle cómo están de salud.

—Mis hijos están bien—contestó ásperamente Alicia,—y ahora no puede usted verlos.

—Debo decir al señor Valenzuela que usted se ha negado á que los vea.

—Dígale usted lo que quiera.

En aquel instante entró Barrientos, que iba á vestirse para salir, en la alcoba de la sala, sin acordarse ya de que había visita; asido á su mano venía Gonzalo, y la pequeña Eva le seguía, asida á una de las piernas de su padre, dificultándole mucho el andar.

—¡Ah!; ¡aquí están!—exclamó Cecilia levantándose y acercándose á los niños.—¡Qué hermosos son!; ¡qué interesantes! No exagera nada don Lorenzo... Caballero—continuó, dirigiéndose al padre,—no extrañe usted que me tome la libertad de abrazarlos de parte de su abuelo.

Cecilia se arrodilló para poner su estatura al nivel de la de Gonzalo; asió á éste de los hombros, y lo acercó á ella, besándolo con ternura; hizo luego lo mismo con Eva, y sacando de su bolsillo un paquetito envuelto en papel de seda, que sujetaba una cinta rosa, dijo á Gonzalo:

—Estos dulces son para ti y tu hermanita; para Eva...; ya sé cómo se llama, y tú también; me lo ha dicho vuestro abuelito, que os adora, y que desea mucho veros. ¿Y tú te alegrarás de verle, Gonzalo?

—Sí, señora, muchísimo—dijo el niño con su

gravedad habitual;—y le veremos pronto, porque nos vamos allá, á su país.

En tanto que la dama de compañía besaba y volvía á besar á los pequeños, negras nubes se agolpaban á la frente y á los ojos de Alicia, y sus facciones se contraían con violencia terrible; la ira, esa pasión mortal para los que la abrigan, iba ahogando la blandura indolente de su carácter.

¿Quién era aquella mujer? Ella la odiaba desde la primera vez que la vió; se introducía sola, atrevida, en donde ella reinaba como absoluta soberana, y con sólo presentarse cautivaba las voluntades que le eran más adictas. ¿No había hecho en Fabián una profunda impresión? ¿No veía á su marido inmóvil ante ella, contemplando con humedecidos ojos las tiernas caricias que prodigaba á sus hijos? Sí, aquella mujer era una enemiga terrible; era lo que más podía herirla, desprestigiarla, derrotarla; *era buena*. Una terrible luz alumbraba los tenebrosos repliegues de aquella alma viciada y vacía á la vez: había algo más que la ambición, algo más que el vicio, algo más que las grandezas humanas, algo más que el lujo, que la ostentación, que los bienes terrenales: la virtud.

Y como en un espléndido panorama, allá lejos, muy lejos, Alicia tuvo una visión deslumbradora, de tanta y tan radiante belleza, que todo su ser altivo y dominador quedó anonadado; de repente apercibió unas comarcas inmensas, una tierra prometida, todo luz y amor, cuya existencia no

sospechaba siquiera; con una intuición súbita é inesperada, vió un país luminoso, donde la belleza era casta, la virtud dulce, el amor puro é inmortal; admirable país del ideal, donde la dicha era eterna; y en medio de aquel país, rodeada de resplandores, vestida de blanco y apoyada en la cruz, vió la dulce figura de Cecilia con los ojos elevados al cielo y la sonrisa en los labios.

Poco á poco se corrió un negro velo sobre la visión celeste, y ésta desapareció á los ojos deslumbrados de Alicia, á la vez que la dama de compañía, dando el último beso á los niños, se ponía de pie.

—Tengo el honor, señora, de despedirme de usted—dijo inclinándose delante de Alicia, que por una reacción natural en su ruin naturaleza se había vuelto rígida y fría, viendo sólo una enemiga en aquella mujer; inclinó levemente la cabeza, y Cecilia, después de inclinarse de nuevo ante Barrientos, que no separaba de ella los ojos, se dirigió á la puerta, despidiéndose con una mirada de los niños.

—¿Piensa usted escribir á don Lorenzo Valenzuela?—preguntó Barrientos.

—Ciertamente, caballero—contestó Cecilia, que ya iba á salir.

—Pues sírvase decirle, señora, que he agradecido mucho su recuerdo á mis hijos, y que á fin de semana estaremos todos en Alcalá: yo le llevaré á sus nietos.

Inclinóse de nuevo Cecilia y salió, sin que la señora de la casa le hubiera hecho ningún ofrecimiento, sin que le dirigiera ni una sola palabra cortés.

—¡Qué linda señora!; ¿verdad, Gonzalo?—dijo Eva á media voz, porque la presencia de su madre la imponía para hablar alto.

—Muy bonita, ciertamente; es la que me compró un pastel y me llevó á la oficina de papá. ¡Y cómo nos miraba y nos besaba!...

Fijó, al decir esto, sus ojos en el paquete de dulces que tenía en la mano, y miró temeroso á su madre: la joven, con los ojos perdidos en el vacío, se movía blandamente en una mecedora, con una indolencia digna de una criolla.

Por fin, después de un silencio, y conociendo Eva lo que pasaba en el ánimo de su hermano por lo que ella misma sentía, se determinó á acercarse á su madre.

—Mamá—dijo la niña, poniendo tímidamente su manecita en la falda de su madre, —vamos Gonzalo y yo á comernos los dulces... ¿Quieres uno tú?

Alicia se levantó bruscamente, y sin mirar á su hija, tarareando una canción callejera, dió media vuelta y salió de la habitación. Eva quedó inmóvil, triste, y sus ojos llenos de lágrimas siguieron á su madre hasta que desapareció el último pliegue de su traje.

Si lo que pasó en el corazón de Barrientos hubiera salido á su rostro, se hubiera podido juzgar

hasta qué extremo puede magullar el dolor el corazón humano. Pasó la mano por los ojos en ademán de profundo sufrimiento; tomó los dulces de manos de su hijo, abrió el paquete, cogió uno, y dijo con heroica sonrisa:

—Éste para mí; y ahora id á comerlos vosotros allá dentro.

Y sentándose en un rincón de la estancia, dejó caer entre las manos el hermoso y varonil semblante, contraído por un dolor inmenso, y lloró amargamente.